



pone a hablar de otros, de lecturas, de escritores, de corrientes literarias o de lo básico y fundamental que es leer. Parece que no quiere hablar de lo propio. Y yo acepté: sí, tienen razón. Resultó así, no es una cosa así muy cerebral. Mi naturaleza me llevó a ocuparme más de lo que otros han escrito que de lo que yo he escrito.

¿Se quedaría con sus libros de traducción más que con sus libros de poesía?

No quisiera verme en la disyuntiva de escoger: hago uno o hago el otro. Pienso que uno se debe al otro y viceversa. Esas obras de traducción se fundamentan y parten de lo que yo haya podido hacer. Por supuesto: no voy a calificar, no voy a valorar ni mucho menos a confrontar con las otras obras. Pero sí, primero intenté hacer algo propio, algo personal y luego me di a la tarea de traducir autores. Pero este conocimiento luego me sirve a su vez para sostener, para armar mejor las cosas propias. Una alimenta a la otra.

¿Cuál es el futuro del libro en este mundo tecnológico en el que muchos lo condenan a desaparecer y otros no?

El libro en esencia es el mismo. Podríamos pensar ¿qué va a ser ahora que ya no vamos a utilizar los tipos móviles? ¿Qué va a hacer ahora con el linotipo? Y después del linotipo ¿qué va a ser ahora con las nuevas técnicas? Son técnicas, instrumentos que van evolucionando, que se van conociendo, que resuelven necesidades porque hay cosas que escasean, cosas que se acaban, que no son operables. Llegan nuevos modos, nuevos instrumentos. El libro es el mismo entre el libro tal y como lo conocemos y el libro digital: yo leo este y puedo leer el otro. No creo que haya modificaciones de fondo y mucho menos desaparición del libro. El libro no desaparece, podrá

desaparecer una técnica o un instrumento pero viene otro y lo sustituye. El hombre necesita del libro, de las historias; el hombre necesita que le cuenten cosas y para que estas cosas no se pierdan, no se diluyan, hace falta fijarlas y qué mejor que el libro. Cuando el libro aparece el mundo se transforma. Ahora nadie se sorprende de que podamos leer un libro. Pero unos siglos atrás éste era privilegio de unos cuantos. Podíamos encontrarnos un rey analfabeta, unos ministros analfabetas pero alguien custodiaba el saber, alguien escribía las fábulas que la humanidad necesitaba y sigue necesitando. Eso sigue. Yo no siento angustia ni temor, el libro continúa.

El hábito de la lectura... ¿podremos hablar de una estrategia realmente eficaz para transmitir el hábito de la lectura?

El Mediterráneo ya fue descubierto. ¿Qué es lo que hay que hacer?: acercar los libros. Esto que están haciendo aquí hay unas mesas con libros y hay jóvenes. Ellos deben tener la libertad de acercarse al que le parezca, hojearlos, desechar, escoger, admitir. Nadie puede enseñarle a otro qué es lo que debe de leer, esto es personal. Así como se hacía en el pasado, decir: esta es tu pareja, esta es la mujer u hombre que te conviene, podrías darle cincuenta mil razones muy bien fundamentadas, pero la realidad es que un hombre o una mujer escoge con quién ligarse para toda la vida o para el tiempo que sea. Nadie puede decirle a otro: es que hay que leer esto, hay que leer otro. Podemos dar información, acercar los libros a base de un conocimiento, una experiencia que tenemos como lectores pero ahí termina nuestra función. Yo he sido profesor de Literatura por muchos años y he llegado a esa conclusión: yo no puedo enseñarle a otro qué es la literatura, él tiene que llegar a eso, tiene que encontrarla con el auxilio que le damos nosotros.

Día Internacional del Libro: una ventana para encontrarse a sí mismo y la imaginación

Ignacio González Cabello

Una sala muy acogedora y una plática muy jocosa y sobria a la vez fue el escenario donde se celebró el Día Internacional del Libro en la Capilla Alfonsina Biblioteca Universitaria. Con el título “Mi libro de cabecera. Los autores de nuestros autores” los escritores Pedro de Isla, Ofelia Pérez-Sepúlveda, Coral Aguirre y Francisco Serrano entablaron una conversación entre ellos mismos y para el público en torno a los libros y/o autores han signado su acercamiento a la lectura.

Dentro de esta plática se exhortó al público a leer a través de la plática de los autores nuestros y sus libros preferidos o de cabecera motivando al acercamiento de la lectura.

“Mi libro de cabecera no es *Cien años de soledad*. Sin embargo, es uno de los libros que más me han marcado. No me da pena decir que leía *Selecciones*. Con el paso de los años encontré otro libro que actualmente es mi libro de cabecera que es el *Diccionario jázaro* de Milorad Pavic”, comentó Pedro de Isla en tono anecdótico e impresionado por la evolución de sus gustos en cuanto a la lectura, quien además es uno de los escritores del Norte más versátiles en narrativa.

Para Ofelia Pérez-Sepúlveda su acercamiento a la lectura fue más burdo, grotesto y con un sentido de realismo no censurado: “De hecho mi primera lectura sistemática constituyó en la lectura de violaciones, asesinatos

y robos no solamente en esta ciudad sino en el país, que era el *Alarma* (revista). El *Romancero gitano* de Federico García Lorca es mi libro de cabecera”.

Entre los libros a obsequiar estaban las editoriales Fondo de Cultura Económica, Mantis editores, Fondo Editorial Nuevo León, Conaculta, Colegio de México, Universidad Veracruzana, Almadía, La Cebra Ediciones y Aldus.

“Teníamos poquitos libros en la casa. Sé que teníamos un volumen de sonetos de Shakespeare, una antología de cuentos de Álvaro Yunque que se llamaba *Barcos de papel* y una antología de poesía hispanoamericana. La obra completa de Borges es mi libro de cabecera”, dijo Coral Aguirre refiriéndose a estos textos como piedra fundamental y respuesta a su búsqueda asidua del saber. Y quien cerró la celebración fue Francisco Serrano entre sus “alegres” piruetas verbales y su voz de Jaime Sabines: “Mis mejores amigos son mis libros. Lo que más me gusta es la poesía. Elegí como mi libro de cabecera la obras completas de Constantino Cavafis”.

Entre el bullicio de los jóvenes atentos a la plática de los autores nuestros y la ávida sed de tomar libros apreciados desde su asiento con el desconocimiento de los temas y autores expuestos en las mesas, el Día Internacional del Libro cerró así su festín de letras, aplausos, burlas y veras sin censura y libros resguardados hasta en los bolsillos de los asistentes.



Foto: Marta Hoyos González Luna